

daciones á la sazón que gobernaba el virrey D. Martín Enríquez, y estas inundaciones de los pueblos circunvecinos aumentaron el caudal líquido de los lagos, y éstos el de las acequias de la ciudad que rebosaron y tuvieron varios días á México anegado, principalmente á principios del año de 1580.

Un autor del siglo XVIII describe esta inundación en los siguientes términos: «No bastando, dice, los vasos de las famosas lagunas de Zumpango, Tezcuco y San Christoval, para recibir las inmensas aguas que derramaban en ellas los Cielos, y las muchas vertientes de las serranías que las cercan, rompieron sus diques, y se vinieron sobre el plan bellissimo, pero muy inferior, en que está situada la hermosísima ciudad de México. Es verdad que comparada esta inundación con otra formidable que sobrevino 49 años despues, se ha reputado por pequeña; pero fué verdaderamente grande y lastimosa, porque inundadas las casas y las calles, ni daban lugar las aguas al comercio, ni á las funciones sagradas y políticas, ni á la subsistencia de los moradores, perturbando su quietud y sosiego.

«Se dificultaba la entrada de los víveres, y el que veía la luz de hoy pensaba si vería la de mañana ó no, sino que cerraría los ojos para siempre, sirviéndole de sepulcro la misma que habia sido su habitacion. No tropezaban los sentidos sino con objetos tristes y desagradables: se oían por todas partes los gemidos de los afligidos, que perecían sofocados con los edificios que se desplomaban y con el golpe de las avenidas: se veían unos á otros pálidos con el sobresalto y el temor, y estenuados con la vigilia y falta de sustento: por todas partes se miraban los efectos de una desgracia comun, y muy particularmente en la ínfima Plevé y Naturales de este Pais, porque sus casas sobre ser baxas, son de materia tan debil como la caña y el adove.

«Con esto padecían en sus cuerpos y en sus pobres alajas, mirándolas salir por sus puertas al arbitrio de las corrientes.» (1)

El Ayuntamiento procuró inmediatamente acudir al remedio del mal, aunque sin fruto.

En Cabildo de 18 de Enero de 1580 fueron comisionados el Lic. D. Lorenzo Sánchez de Obregón, corregidor de la ciudad de México, y

(1) BR. PABLO ANTONIO PEÑUELAS, *Breve Noticia de la Prodigiosa Imágen de Nuestra Señora de los Angeles*, cap. 1, págs. 2 y 3 de la edición de 1781.

los regidores Antonio Carvajal y Baltasar Mejía Salmerón, para que estudiaran los medios de evitar el peligro que amenazaba á México, practicando al efecto una vista de ojos á los ríos de la comarca, en vista de la «pintura» que poseía para estos casos el Ayuntamiento, y previa consulta con los indios viejos para que los acompañasen é informasen de los nacimientos de los ríos y manantiales.

En 5 de Febrero dieron cuenta de su comisión los citados corregidor y regidores, quienes pasaron á practicar la vista de ojos en unión de indios antiguos y de personas competentes en la materia, como fueron el maestro de obras D. Claudio Arciniega y el ingeniero D. Francisco Domínguez, cosmógrafo del rey, que habia venido á Nueva España. Estuvieron en Coatepec, Huehuetoca y otras partes, midiendo y haciendo nivelaciones, y buscando un sitio apropiado para el desagüe de los ríos y lagunas, y se formó sobre el resultado de las investigaciones un expediente autorizado por Martín Alonso, escribano público, expediente que como otros muchos no hemos logrado encontrar.

El cosmógrafo D. Francisco Domínguez, en carta que escribió posteriormente á Felipe II, le decía entre otras cosas, relativamente á este asunto, lo que copiamos en seguida:

«Otrosi: estando temerosa esta ciudad de México por las muchas inundaciones que hubo en el año de 79, hubo consulta sobre el reparo della, donde se convino que saliese el regimiento con todos los arquitectos, hombres mas suficientes y doctos en aquella facultad, para ver y tantear el lugar mas idoneo y acomodado para el abrir una zanja por la cual se desaguase la laguna sobre la que México está fundado. A esta sazón me hizo llamar D. Martín Henríquez, vuestro Visorrey, y dándome parte de este negocio, me mandó que fuese allá, y que le trujiese la verdad de todo lo que convenia. . . . obedeciendo fuí allá y hallé que se debía de abrir una zanja de diez leguas medidas y reguladas por esfera, y se habia de profundizar hacia el centro en parte 64 estados: era negocio que se aventurara á gastar mas de 200,000 ducados, y esto interminable y no cierto. . . .

«Otrosi: no habiendo otra gente que lo hiciese sino los naturales, se ponía en condicion de acabar los pocos que hay en este

reino, porque la obra era grave, el ánimo y brio de los naturales es poco; dándoles mas trabajos de lo que sus fuerzas y naturaleza pide, es matarlos: todos los demas dieron voto, y fueron de parecer que se hiciese: contradije á todos ellos dando razones y causas bastantes y suficientes, por donde no tuvo efecto lo intentado.... » (1)

Humboldt asegura que los « dos hombres inteligentes » que propusieron al Gobierno abrir entonces el cañón de bóveda, entre el cerro de Sincoque y la loma de Nochistongo, fueron el Lic. Obregón y Arciniega. « Realmente, agrega, era este punto el que debía, más que otro alguno, fijar la atención de quienes habían estudiado la configuración del terreno mexicano: porque es el más inmediato del río de Cuautitlan, que en efecto es el enemigo más peligroso de la capital, y en ninguna parte son las montañas menos altas ni presentan menos masa que al N. N. O. de Huehuetoca, cerca de los cerros de Nochistongo. » (2)

Pero nada se hizo, y la opinión del cosmógrafo Domínguez debe de haber influido en el ánimo del virrey para no ejecutar lo proyectado.

En resumen: los trabajos llevados á término para libertar en el siglo XVI á la ciudad de México del peligro de las inundaciones, se limitaron en su mayor parte á reparar calzadas y construir diques como en tiempo de los indios: hubo también quienes propusieran remedios radicales, como Ruy González, Francisco Gudiel, Lorenzo Sánchez de Obregón y Claudio Arciniega; pero sus proyectos ó por difíciles en los medios de ejecución, ó por costosos, se desecharon: fueron sin embargo un paso avanzado en los trabajos seculares emprendidos desde la antigüedad, para hacer el verdadero desagüe del Valle de México.

(1) Colección de documentos inéditos para la Historia de España, tomo I, págs. 361 á 384.

(2) Ensayo Político de Nueva España, lib. III, cap. VIII.

III

La ciudad á principios del siglo XVII. — Abundancia de lluvias en 1604. — Inúndase de nuevo la ciudad. — Derrumbe de muchas casas. — Puentes provisionales de madera para andar por las calles. — Reparaciones en el antiguo albaradón de San Lázaro. — Se hace una nueva albarrada de tierra alrededor de la ciudad. — Composturas de las calzadas. — La de Guadalupe bajo el cuidado de Fr. Juan de Torquemada y la de San Cristóbal bajo la Dirección de Fr. Jerónimo de Zárate. — Falta de pago á los indios. — Claman los religiosos á su favor. — Reparación de las calzadas de San Antonio y Chapultepec bajo la dirección de los citados religiosos. — Se ordena el empedrar las calles y limpiar las acequias. — Cómo fueron retribuidos los indios en sus trabajos. — Propone el virrey se haga desagüe general. — Vista de ojos. — Medidas. — Proyecto y presupuestos presentados por los interventores. — Opónese el fiscal al desagüe proyectado. — Razones que expuso por escrito. — Se conforman con su parecer el Ayuntamiento, Cabildo eclesiástico, Consulado y demás interesados. — Auto del virrey y Audiencia ordenando no se hiciera el desagüe. — Reflexiones.



PRINCIPIOS del siglo XVII, la ciudad de México, capital de Nueva España, era la principal entre todas las de América, tanto por su población cuanto por la parte material de sus edificios.

Todavía en el siglo XVI habían quedado restos de la antigua ciudad azteca: todavía atravesaban muchos canales de agua las calles y plazas: todavía en los barrios se podía uno formar idea de las construcciones indígenas; pero á principios de la décimaséptima centuria, México se había transformado por completo, y el elemento español predominaba sobre el aborígene en habitaciones, calles, trajes y costumbres.

La parte material de la ciudad revestía gran importancia. Pausativamente se habían levantado sobre los escombros y últimos restos de los viejos palacios y *teocallis*, las casas reales, residencia de los virreyes y sitio donde se ejercitaban las funciones del gobierno; las casas de Cabildo, los portales de Mercaderes y de Sederos, nombres con que entonces se les conocía, la Catedral que poco